

da a conocer los sitios o zonas geográficas, ubicándolas en un mal colocado mapa, donde tales lenguas se hablaban y aún hoy se hablan, dejando en claro que muchas de ellas, especialmente la lengua general, han prestado vocablos a otras y que, desde el punto de vista topológico, dos familias lingüísticas amazónicas—la caribe y la arawak—tuvieron proyección continental, mientras que la tucano alcanzó cobertura regional, pues se extendió en varias zonas en discontinuidad, y otras, como el bora y el uitoto, sólo tuvieron impulso local.

En fin, la autora elabora un “estado del arte” bastante completo y útil, en el que se percibe que los lingüistas agrupados en el CCELA están llevando a cabo un estudio serio de la lingüística indígena nacional y especialmente de la región amazónica colombiana, pero que todavía falta mucha información y análisis de tipo descriptivo (etnográfico), comparativo (etnológico) y concluyente (antropológico), circunstancia que ha retrasado un tanto los avances conseguidos en la lingüística.



El tercer artículo, “El itinerario del padre Constanstant Tastevin: entre la religión y la etnología”, de la investigadora brasileña Priscila Faulhaber, es una magnífica presentación biográfica-intelectual del misionero y antropólogo francés Constanstant Tastevin, desconocido para el común de los mortales, pero conocidísimo entre los investigadores de la Amazonia, toda vez que sus interpretaciones y estudios<sup>4</sup> son continuamente utilizados por los expertos amazonólogos.

El escrito muestra cómo Tastevin se hizo corresponsal de Rivet y la forma

como la relación entre ambos se llevó a cabo. Subrayando que el misionero no sólo mantuvo intercambio epistolar con el sabio francés, sino también con otros connotados científicos, como Koch-Grunberg. Al igual que muchos de sus corresponsales, el misionero de la orden del Espíritu Santo recolectó en la región amazónica interesantísima información etnográfica durante diez años no continuos, antes y después de la primera guerra mundial, pero nunca pudo sistematizar, con la idea de escribir un libro, el material, por lo que su obra está esparcida por varias publicaciones europeas, pero, como en el caso de los manuscritos transcritos en el libro sobre lenguas aborígenes de Colombia, también en archivos particulares.

En el artículo de la profesora Faulhaber se pueden visualizar las dificultades de un científico para adelantar su labor, sobre todo las ambivalencias entre el sacerdote y el hombre de ciencia. Así mismo, el lector tiene ocasión de conocer el interés científico, económico y social, que para el europeo ha tenido la cuenca amazónica y que le ha permitido su estudio e investigación científica. De igual forma se confirma la gran preocupación que sobre la región ha tenido y tiene el principal estado amazónico: Brasil, y la “pachorra” de los demás países de la cuenca en proveer de recursos para entenderla y conservarla.

La segunda parte de las lenguas de la Amazonia colombiana consiste en la transcripción de 20 de los cuestionarios y manuscritos originales provenientes del archivo de Paul Rivet, recogidos por algunos de sus corresponsales en Colombia: el ya citado padre Tastevin, con diez transcripciones; De Wavrin, con cinco; Bartolomé de Igualada, con una, y el médico, gastroenterólogo, acuarelista, escritor, rector de la Universidad del Cauca y gran indigenista, el “mono” César Uribe Piedrahíta, que al igual que De Wavrin y Bartolomé de Igualada hubiera merecido un artículo similar al escrito por Priscila Faulhaber sobre el padre Tastevin.

La última parte, “Comentarios a los manuscritos originales y datos complementarios”, es una serie de catorce artículos escritos por los lingüistas Jon Landaburu, Rosa Alicia Escobar, Camilo Robayo, Consuelo Vengoechea,

Natalia Eraso, María Emilia Montes, llenos de datos técnicos, como la identificación de consonantes y vocales, sus variaciones y dudas, sus características lingüísticas, fonológicas y morfológicas, en los que se comparan los “corpus” recogidos por los corresponsales de Rivet con los que en años recientes han elaborado los investigadores del CCELA. En algunos de estos apartados los autores dan breves informaciones que mínimamente ayudan a ilustrar la época en que los ocasionales lingüistas adelantaron sus trabajos, etc. Sin embargo, insistimos en que cada uno de ellos debería haber sido objeto de un estudio biográfico-científico más detallado. Pese a tal falencia, el conjunto del volumen es de gran utilidad, especialmente para los especialistas y estudiosos de la Amazonia.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

- <sup>1</sup> DUSSÁN DE REICHEL, Alicia, “Paul Rivet y su época”, en *Correo de los Andes*, núm. 26, 1984, págs. 70-76.
- <sup>2</sup> PERRY, Jimena, *Biografía intelectual de Gregorio Hernández de Alba*, 2 tomos, Santafé de Bogotá, Universidad de los Andes, 1994.
- <sup>3</sup> AROCHA, Jaime y FRIEDEMANN, Nina S. de (eds.), *Un siglo de investigación social, Antropología en Colombia*, Bogotá, Etno, 1984.
- <sup>4</sup> Interpretaciones sobre la serpiente grande y esbozo geográfico sobre la frontera entre Colombia y Perú.

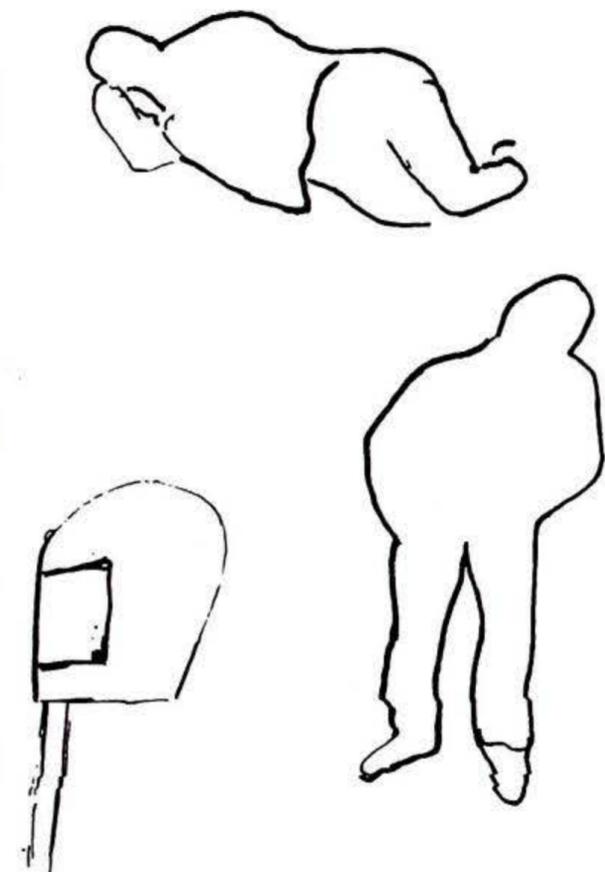
## Maestro de la cámara

**Melitón Rodríguez fotógrafo. Momentos, espacios y personajes.**  
Medellín, 1892-1922  
Biblioteca Pública Piloto, Litografía Especial, Medellín, 1995, s.p.

Gracias a las gestiones de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín y al aporte de la Fundación para la Restauración y Conservación del Patrimonio Cultural y del Instituto Colombiano de Cultura, el gran archivo fotográfico de Melitón Rodríguez se salvó como acervo cultural de Antioquia y Colombia. Desde 1938 era manejado por sus familiares y

llegó el momento en que corrió peligro de ser vendido en el exterior o adquirido por algún empresario privado. Ahora el reto que enfrenta esta enorme colección de más de 200.000 negativos es su apropiada conservación, administración y aprovechamiento. Con anterioridad, la misma Biblioteca había rescatado otro archivo de un fotógrafo no menos importante, contemporáneo y competidor de Rodríguez: Benjamín de la Calle. De éste sólo se conservan unas 7.000 placas, depositadas en la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales de Medellín.

Melitón Rodríguez ha sido objeto de varias notas de prensa, y de dos publicaciones dedicadas exclusivamente a su obra. En 1983 el Centro Colombo-Americano de Bogotá publicó un catálogo que acompañó una selección de fotografías de 1892 a 1938. Por su parte, El Áncora Editores imprimió, en 1985, un libro con 190 fotografías y un excelente texto introductorio de Felipe Escobar; las reproducciones, sin embargo, no resultaron de la mejor calidad.



El libro que presenta ahora la Biblioteca Pública Piloto, con el apoyo de la Comisión Asesora para la Cultura del Concejo de Medellín, tiene varios aspectos destacados. En primer lugar, su diseño gráfico y forma de encuadernación (pasta dura, hojas perforadas y atadas con cuero), a pesar del sabor nostálgico, tiene un aire refrescante y

artesanal que recuerda los álbumes antiguos publicados sobre Medellín en los años diez y veinte. El centenar de reproducciones, la gran mayoría inéditas, es de gran calidad técnica. Respetuosamente se evitó editar la foto, lo que en ocasiones permite apreciar las anotaciones al margen del fotógrafo, los espejos con que se introducía al estudio la luz natural para iluminar al modelo, como en el retrato de Joaquín M. Posada (1892), o el juego de telones de fondo, como en el excepcional retrato del torero "Martincho" (1896). Se incluyen también las medidas originales del negativo y la especificación del material del soporte. Los breves textos, los pies de foto y la bibliografía están traducidos al inglés y al francés, lo cual pone la obra al alcance de lectores extranjeros.

La selección de las fotografías de este bello álbum se hizo, según Gloria Palomino, directora de la Biblioteca, "con la pretensión de mostrar unos pocos momentos de los eventos acontecidos en Medellín entre 1892-1922, personas que se destacaron por su aporte al desarrollo económico, industrial y social y una serie de lugares que fueron testigos de la pujanza de una región". Los textos incluidos, una "Valoración" y una "Síntesis biográfica", son excesivamente breves para la importancia del artista. En el primero se acude a dos autores que han elogiado a Melitón (Erika Billeter y Álvaro Medina), como prueba de que es "uno de los grandes maestros de la fotografía latinoamericana, y su obra es de reconocido prestigio mundial". Lo primero es cierto, pero es conveniente para el lector saber por qué. Lo segundo es una entusiasta exageración: Melitón no tiene reconocimiento mundial por los historiadores de la fotografía, no porque no lo merezca, sino porque pocos saben de su existencia.

El argumento que se cita de Álvaro Medina, en virtud del cual en las fotografías de Melitón "hay un sentido del instante y del encuadre que ningún otro colombiano de su tiempo llegó a tener" es discutible. Aquello del "sentido del instante" parece más una licencia poética que una categoría discernible; Rodríguez no tomó fotografías instantáneas ni su preocupación fue la velocidad, como lo revelan las cuidadosas fotografías de estudio y su diario don-

de evaluó minuciosamente su trabajo. En cuanto al encuadre, son más las similitudes que existen entre Benjamín de la Calle y Melitón Rodríguez que las diferencias. Lo específicamente distinto de las imágenes de Melitón Rodríguez, con respecto a otros de sus colegas, se encuentra en una voluntad artística explícita que busca un lenguaje mediante el dominio técnico y el tratamiento de la luz, en el deseo incesante de perfección de su arte, en el interés por una fotografía pictórica y alegórica. Muchos de sus primeros retratos podrían ser de De la Calle por la disposición del modelo, el encuadre y el telón de fondo, pero a medida que avanza en su trabajo se hace inconfundible. La luz embellece y envuelve a sus personajes; los bordes son suaves y hay gran riqueza de matices y detalles. Por su parte, Benjamín de la Calle mantuvo una suerte de rudeza y tosquedad iconográfica que le es distintiva.



Entre las fotografías incluidas hay varias sobresalientes: *Los zapateros*, ganadora de un premio en Nueva York en 1895; el retrato de la familia del artista (1892); los retratos de Francisco Antonio Cano (1895), con quien Melitón ya estudiaba pintura a los 10 años (y no a los 13, como se dice en los textos de la Biblioteca Piloto y El Áncora), Manuel Uribe Ángel (1899), Marco Tobón Mejía, Matilde Bernal en traje de novia (1927) y el del poeta Ciro Mendía con su padre (ca. 1922), entre otros. Todos ellos tienen la rara capacidad de revelar el interior y el exterior de los personajes, con una detenida construcción de valores plásticos: luces, sombras, contrastes, texturas de telas,

composición, poses, fondos y primeros planos. Los exteriores de Medellín, la catedral en construcción y algunos interiores, han sido convertidos, por el paso del tiempo y la destrucción del progreso, en documentos invaluable que conservan el rostro de una ciudad que ya desapareció. El tranvía de Buenos Aires, las vistas de la avenida La Playa o el Parque de Berrío no compiten todavía en calidad estética con los retratos, pero son el vivo testimonio de lo ahora inexistente.

Melitón Rodríguez no merece sólo un libro, sino varios. Su obra ha sido exhibida en el prestigioso Foto Fest y figura en las historias de la fotografía en Colombia y América Latina. Se podrían publicar varias series de temas monográficos: retratos, vistas de la ciudad, interiores, pueblos. Puesto que el fotógrafo llevó un diario, parte del cual se conserva todavía, podría considerarse su inclusión en alguno de los tomos, ya que se trata de un documento único en su género en la fotografía colombiana.

El reconocimiento internacional al fotógrafo peruano Martín Chambi (1891-1973), quien literalmente reveló el alma de las gentes de Cuzco, es una demostración de que las fotografías de Melitón Rodríguez merecen por derecho propio una posición similar en el ámbito latinoamericano y europeo. A la Biblioteca Pública Piloto le queda la tarea de difundir la obra de uno de los más importantes maestros de la cámara en esta parte de América.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

## Homogeneizadora Fotográfica Latinoamericana S. A.

### Fotografía latinoamericana 3

Asfoto, Publicaciones Cultural, Santafé de Bogotá, 1995, 175 págs., ilus.

Un jurado compuesto por la pintora Maripaz Jaramillo, los curadores Noris Lazzarini y Eduardo Serrano, el publi-

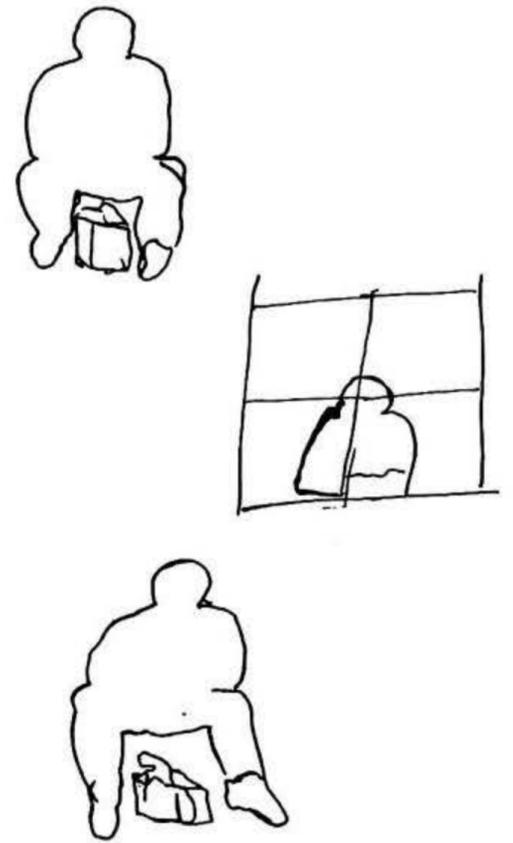
cista Claudio Arango y los fotógrafos Germán Téllez, Paolo Gasparini y Antonio Romo fue el encargado de juzgar el tercer concurso fotográfico de Asfoto. Concurrieron 258 obras de fotógrafos aficionados y 734 de fotógrafos profesionales de distintos países de la región, entre las cuales eligieron 238, que aparecen en el libro, y premiaron 20 con la estatuilla Atenea Fotográfica.

Las estadísticas muestran la magnitud del esfuerzo de los organizadores, que desde 1993 realizan este concurso que pretende recoger el estado del arte fotográfico en varios países latinoamericanos. Extraña la ausencia de representantes de México y Argentina, donde la fotografía contemporánea ha alcanzado niveles artísticos de renombre internacional. Al mismo tiempo, sorprende la amplia representación venezolana, tanto por su calidad como por la relativa similitud de sus propuestas, hasta el punto de que podría hablarse de una escuela venezolana.

Obras como las premiadas de Nelson Garrido y Jesús Ignacio Marín, así como la de Mauricio Donelli, comparten intereses "pictorialistas" y están evidentemente influenciadas por Joel-Peter Witkin. Recurren a la construcción escenográfica y a la representación de lo ominoso, con la diferencia de que guardan un gran respeto al negativo y a los procesos técnicos, mientras que Witkin emprende un verdadero combate feroz con los mismos, con el resultado de una imagen en que la delicadeza y los medios tonos alegan con las manchas, los rayones y toda clase de intervenciones, que agregan una rara y perturbadora pátina emotiva a la fotografía.

Las obras de estos fotógrafos venezolanos son una versión *light* del espanto que Witkin elabora sin compasión con el espectador. La iluminación rosa y violeta presente en piezas como *La crucifixión de Santa Liberata* de Garrido, así como las aureolas de neón, los pulidos y sensuales desnudos, sin duda le restan fuerza a lo ominoso que se pretende mostrar. Igual sucede con los colores sepías que entonan los gráciles cuerpos de *Las tres gracias* y *Divina creación* de Jesús Marín: los dulces matices merman los atributos de perturbación y extraño onirismo que por momentos poseen las imágenes.

Con todo, estas fotografías, junto a otras de Vassil Anastosov y Gilma Suárez incluidas en la sección "arte", que están entre las más destacadas del libro, introducen al espectador en ámbitos desconocidos, aluden a oscuras ceremonias con resonancias religiosas y a relaciones inesperadas entre los elementos presentes en la imagen. Cumplen con una doble tarea: crear y hacer visible. La gramática utilizada merece una interrogación profunda por parte de sus autores, demasiado satisfechos con la suavización y cierta ligereza vana.



En los capítulos dedicados a "bodegones y naturaleza muerta" y "retratos" sobresalen de nuevo los participantes venezolanos. En el primer caso, Nelson Garrido se ocupa de cadáveres de animales en los que parece querer desentrañar lo indescifrable. Al final de la publicación se encuentra una selección de obras premiadas en distintos certámenes regionales. Resultan sobresalientes la serie de Mauricio Donelli *Retratos instantáneos*, premiada en Venezuela, como homenaje a distintos músicos latinoamericanos, así como la excelente secuencia de autorretratos de Eugenia Isabel Castaño, galardonada en la Segunda Bienal de la Joven Fotografía en Colombia, que ofrece una confrontación personal con la identidad y la imagen.

El libro, como los anteriores de la serie, abunda en lugares comunes y en la reiteración de dos estéticas: la de club